

Más que reducir emisiones, el reto es la emergencia de una agricultura regenerativa

Ricardo Abramovay<sup>i</sup>

Descarbonizar la economía no consiste en producir y consumir como siempre lo hicimos, pero sin emisiones. No se trata, por ejemplo, de seguir aumentando la producción automovilística (y con ella los embotellamientos), pero usando ahora el etanol el lugar de la gasolina o del diesel. No se trata de aumentar la producción de alimentos superprocesados y de gaseosas (que contribuyen a la epidemia global de obesidad), pero con técnicas que permitan reducir sus emisiones. Tampoco se trata de construir edificios certificados, que reúsan el agua y ponen paneles solares, pero totalmente rodeados por cerca eléctrica y por seguridad privada, consolidando el apartheid territorial que marca tantas de nuestras ciudades. Sobre todo no se trata de seguir con la exploración de fósiles con la expectativa de que surgirán, por medio de la geo ingeniería, técnicas viables para captar y almacenar carbono.

Es en este sentido que la lucha contra los cambios climáticos supone un cambio en los modelos de producción y consumo que caracterizan nuestras sociedades. Cristiana Figueres lo expresó bien cuando dijo, al final de la Conferencia de París que la señal fue más allá del ruido. La señal es que este cambio en la manera como utilizamos nuestros recursos no es un lujo de los que ya atingieron cierto grado de riqueza ni tampoco se reduce a algunas modificaciones tópicas y localizadas, sino que exige una nueva visión sobre que es producir bienes y servicios. Más importante que las técnicas y las medidas utilizadas para la producción son los valores en que las actividades empresariales se apoyan.

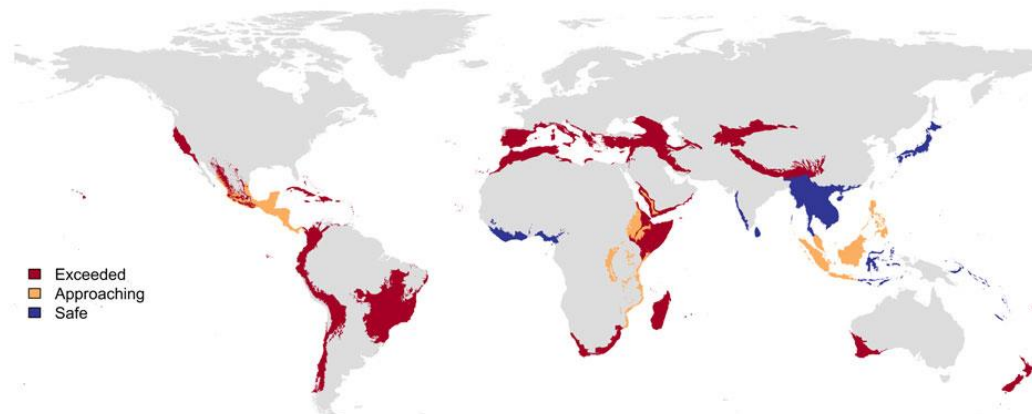
Si esto es verdad globalmente, lo es mucho más para América Latina. En los últimos diez o quince años ocupamos sistemáticamente los lugares más bajos en las cadenas globales de valor. Nuestras economías pasan por un preocupante proceso de desindustrialización. Esto significa, antes de todo, que nuestra inserción en el comercio internacional se hace con base en actividades de baja capacidad de agregación de valor. Aún que tengamos aumentado la productividad de nuestra agricultura, es preocupante el hecho de que la agricultura, que representaba 38% de las ventas externas brasileñas en 2010, pasa a 46% de nuestras exportaciones en 2015. Y preocupa también la fuerte dependencia de China que consumió el 30% de las exportaciones agrícolas brasileñas y 60% de las de soya. Llama la atención que el mayor valor de las exportaciones agrícolas está en los productos agrícolas no procesados, que obtuvieron en 2015 un total de US\$ 55 mil millones, en contraste con los semi manufacturados como azúcar, refinado, etanol y café soluble (US\$ 8,4 mil millones) y los manufacturados (con menos de US\$ 6 mil millones)<sup>ii</sup>

En la minería la situación es aún más grave, una vez que se trata de actividad con inversiones de miles de millones de dólares e impactos socioambientales

extraordinariamente fuertes, sobretudo en las regiones andinas. El impacto sobre el agua de la frustrada explotación de Pascual Lama y de los proyectos de shale gas en Argentina muestran que algunos de las más importantes inversiones en América Latina están muy lejos de lo que marca la frontera de la innovación en Siglo XXI y se apoyan en el uso no sostenible de recursos indispensables para la vida social, sobretudo el agua.<sup>iii</sup> La reciente tragedia de Mariana en el Estado de Minas Gerais en Brasil, donde se rompió un barraje provocando la más importante tragedia socioambiental vivida por Brasil, es también una expresión de los riesgos que trae esta tan grande dependencia con relación a recursos primarios.

El problema de este modelo no está solamente en el hecho de que funciona en los periodos en que los precios de las commodities agrícolas y mineras son altos. El problema mayor es que depender de commodities agrícolas y minerales genera una economía donde la principal preocupación es con la reducción de costos. Y es con inmensa frecuencia que esta reducción de costos tiene por base la explotación predatoria de recursos naturales y el rebajamiento de las condiciones de vida de los que se encuentran en la base de la pirámide social. Lo que es preocupante es el contraste entre nuestras ventajas comparativas en reducir los costos de las operaciones que nos permiten exportar commodities y lo que forma la esencia de la competitividad contemporánea: la capacidad de agregar valor, conocimiento, inteligencia e información a lo que se hace.

En este sentido, es muy importante que una organización empresarial de la importancia de AAPRESID tenga la resiliencia como tema de su congreso. Escoger la resiliencia exprime la conciencia de que el modelo actual de producción agropecuaria es cada vez menos flexible, poco adaptable a los cambios por que estamos pasando y aumenta de forma impresionante los riesgos del productor y de toda la sociedad. Tim Newbold, profesor en la University College London, muestra en artículo que viene de ser publicado en la prestigiosa revista Science que ya fuimos más allá de los límites seguros en términos de extinción de la biodiversidad en el mundo. El mapa abajo, muestra que en Brasil y en Argentina están algunas de las áreas de mayor agresión a la biodiversidad.



Fuente: <https://www.ucl.ac.uk/news/news-articles/0716/140716-biodiversity-levels-unsafe>

Resiliencia no consiste en reducir un poco el nivel de destrucción de la biodiversidad, utilizar con más racionalidad los insumos químicos que marcan el crecimiento actual y seguir en el esfuerzo de reducción de costos como el principal vector de dinamismo de la agropecuaria. La señal a que se refirió Cristiana Figueres solo estará más allá del ruido si logramos una agricultura que sea no un poco menos destructiva sino que regenerativa de los tejidos naturales y sociales que hasta aquí son sistemáticamente destruidos. Esto significa al menos tres retos fundamentales.

El primer consiste en acelerar el proceso de desacople entre el necesario aumento de la producción agropecuaria y no solamente el uso de tierra sino que también el uso de insumos químicos necesarios para tanto. Técnicas actuales como la siembra directa y el conocimiento muy localizado de la necesidad de fertilizantes y productos fitosanitarios de cada cultura y cada finca ya permiten avances importantes en esta dirección. Pero es necesario ir más allá y los ejemplos, aunque minoritarios, son interesantes. La finca San Francisco en el municipio de Sertãozinho, en el corazón de la caña de azúcar del Estado de São Paulo, es la más grande exportadora de productos orgánicos del mundo y no usa ni fertilizantes químicos, en una extensión de 17 mil hectáreas. Gracias a sus avanzadas técnicas productivas y a sus corredores ecológico, la finca concentra hoy la segunda mayor biodiversidad de grandes animales de las regiones Sureste y Sur de Brasil<sup>iv</sup>. Ella solo alcanzó la meta de representar un nuevo paradigma porque contó con gran apoyo científico en diferentes áreas de lo que hace. Es un ejemplo importante de resiliencia. El reto es masificar algo que hasta aquí se concentra solamente en productos de nicho.

Es importante soslayar, en segundo lugar, que esta no es una proposición tradicionalista y que se vuelve a una agricultura pequeña, de subsistencia y autárquica. Las fincas necesitan de contribuciones externas, por supuesto. Pero la más importante de estas contribuciones es el conocimiento, la inteligencia y la información. Robotización, inteligencia artificial, internet de las cosas, big data y

todo lo que caracteriza lo que hoy se llama industria 4.0 es fundamental también para la agricultura. El conocimiento (y no la reducción predatoria de los costos) será cada vez más el instrumento de afirmación de una agricultura que tenga la intención de ser regenerativa. La integración entre sistemas agrícolas y forestales es muy importante y tiene que apoyarse en datos con los cuales los agricultores no están acostumbrados. En la ganadería, por ejemplo, la investigación reciente muestra que es inmenso el potencial de captura de gases de efecto invernadero con buen manejo de pastos. Al mismo tiempo esto permite intensificar la ocupación y liberar áreas que pueden ser reforestadas. El productor agropecuario (no importa su tamaño) será cada vez más un gestor de datos referentes no solo a lo que produce, sino también a los procesos de comercialización. El rastreamiento (tracking) es una de las más importantes tendencias del conjunto de las actividades económicas del Siglo XXI.

El tercer reto para la emergencia de una agricultura regenerativa es la formación de coaliciones sociales que se vuelvan explícitamente a este objetivo. Un paso en esta dirección es dado por las mesas redondas globales y nacionales en productos como la soya y la carne. La Coalición Brasil Clima Florestas y Agricultura<sup>v</sup> es una de las más importantes expresiones de que esta aspiración de resiliencia empieza a realizarse. Brasil asumió compromisos ambiciosos en la Conferencia de París como recuperar 15 millones de hectáreas en pasto, restaurar y reforestar 12 millones de hectáreas y reducir a cero el desmate en Amazonia. Estos compromisos no podrán ser alcanzados sin una concertación que involucre no solamente productores, gobiernos y grandes traders, pero también la sociedad civil y un conjunto muy variado de ONG's nacionales y globales.

### Conclusión

La COP21 marca el agotamiento de la narrativa según la cual los países en desarrollo necesitan seguir con sus emisiones y que la responsabilidad por reducirlas se concentra en las naciones más ricas. Por un lado, las emisiones de los países en desarrollo son hoy superiores a las del mundo desarrollado. En el caso de China incluso sus emisiones per capita son ya más anchas que las de Europa Occidental. Por otro lado, el mundo dispone de tecnologías que permiten alargar la oferta de energías renovables modernas a precios competitivos con los de los fósiles. Estas conquistas no se reducen al mundo de la energía. La revolución digital abre camino para la transición de una agricultura basada en la destrucción de la naturaleza para una agricultura del conocimiento de la naturaleza. Esto va exigir de América Latina una economía donde el esencial no sea simplemente la reducción de costos (lo que hasta aquí significa destrucción socioambiental), pero que se apoye cada vez más en conocimiento, inteligencia, información.

Lo que está en juego cuando se trata de resiliencia son antes de todo, valores. Las técnicas son fundamentales, pero sirven solamente de instrumentos a servicio de

los valores. La ética de la producción del Siglo XXI no puede consistir en provocar un poco menos de daños. Ella supone un cambio de actitudes, de mentalidad e de acciones para el cual, al escoger resiliencia como se tema, AAPRESID ofrece una contribución fundamental.

---

<sup>i</sup> Profesor Senior del Instituto de Energía y Ambiente de la Universidad de São Paulo. Autor de Más Allá de la Economía Verde (Temas, Buenos Aires). Blog: [www.ricardoabramovay.com](http://www.ricardoabramovay.com) y Twitter: @abramovay

<sup>ii</sup> Veiga Filho (2016)

<sup>iii</sup> <http://www2.readingeagle.com/article.aspx?id=336097> y <https://nacla.org/news/2016/03/09/defeat-pascua-lama>

<sup>iv</sup> <http://www.wired.co.uk/magazine/archive/2013/08/features/post-organic>

<sup>v</sup> <http://coalizaobr.com.br/en/>